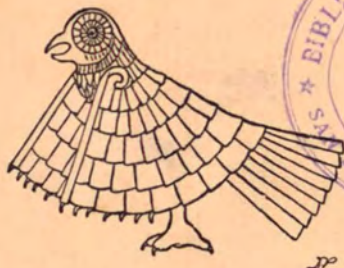


ARAUSI

NOVELA HISTÓRICA REFERENTE A LOS INDIOS GÜETARES
DE COSTA RICA Y A LOS MAYAS DEL YUCATÁN, MÉXICO

POR

DIEGO POVEDANO



1929

SAN JOSE, COSTA RICA

EDITORIAL GUTENBERG

*Dedico esta novela a mi esposa,
por haberme servido ella de modelo
para la concepción de la heroína
de la obra.*

Señor don Diego Povedano

Ciudad.

Mi estimado amigo:

He terminado la lectura de su preciosa obra inédita «ARAUSI» y antes de darle mi juicio y hacerle un ligero comentario, debo darle las gracias y manifestarle la complacencia con que he leído ese relato, tan lleno de interés y tan bellamente expuesto por usted, que en esto se revela como gran conocedor del problema indígena, pero del problema profundo de la psicología y de la civilización, que tan olvidado ha sido por todos los que trataron de estos asuntos.

Creo que tiene usted derecho, con esta obra, a tomar un puesto preferente en la América como novelador regional, como expositor de la cultura indígena, en forma verdaderamente insospechada para quienes nos interesamos por las letras nuestras.

«Cumandá» de Juan León Mera; «María» de Jorge Isaacs; «Tabaré» de Juan Zorrilla de San Martín; en otro sentido, «Amalia» de Mármol; algunas obras actuales de Hugo Wast y de Quiroga, y de afuera, la inolvidable «Atala» de Chateaubriand, es lo que, así a la ligera, mas se recuerda como obra puramente nuestra.

Hace poco, un colombiano, poeta excelente él, José Eustasio Rivera, ha escrito «La Vorágine», la novela más original y más bella que se ha producido en asunto americano.

En mi repaso, deberé poner en adelante la obra de

usted, sin que se mengüe su valor al lado de las otras, inmortales ya.

Es muy bella toda la parte inicial de su obra y desde ese momento se aprecia justamente el estudio que ha hecho usted del asunto para darle remate inteligente y para llenarlo de ambiente propicio.

Lo que debo apresurarme a declarar es mi admiración por la trama general del argumento. Hay una relación perfecta entre los personajes y todo es lógico dentro de la multiplicidad de los acontecimientos y la diversidad de los escenarios.

ARAUSI, la figura central de la obra, está delineada con toda delicadeza, con toda propiedad, es personaje que inmediatamente ama el lector y se admira uno de la realidad que ha logrado darle usted a su protagonista.

Bellá, bellísima es esta Arausi por sus sentimientos, por la profundidad de su alma. Cuando habla, sus palabras sencillas son como el resumen de toda la sabiduría de aquellos pueblos de cultura tan elevada y tan desconocida. Su actitud cerca de su padre, su amor inteligente entre los amigos de la tribu viceyta y su estoicismo cuando sabe que va a ser sacrificada para bien de ellos; su peregrinación hacia su patria con el noble y singular SURABTA; el refugio callado y la franqueza de alma revelada en el amor al hijo de la otra; todo lo suyo es compendio de la historia sentimental que podría escribirse de las razas indígenas y que usted ha vertido como en un poema en su obra.

A la par de esta mujer ideal, es digno compañero Surabta, tan noble, tan desinteresado, tan comprensivo.

Uno de los pasajes más bellos, y que más sorpren-

de por lo interesante a la vez que por lo hermoso, es el panorama del valle de NA-CHAN-CAAN (Palemke), visto desde la más alta torrecilla del Palacio de Tutulxiu.

Tanto en la primera como en la segunda parte, son admirables las descripciones de los ritos y costumbres de las razas que poblaron estas secciones de la América. En todo se ve su amor por estas cosas y se le estima más a usted al ver su afán de ennoblecer y ser justiciero con esos indios, tan poco comprendidos por los que se hacen llamar hombres de esta civilización.

Le escribo rápidamente sobre esto. Ya habrá oportunidad de que lo haga con más espacio. Pero quiero, al menos, agradecerle sinceramente la ocasión que me ha dado de conocer su obra, a la que le aseguro un éxito inmenso, y quiero, desde luego, adelantarme en felicitarlo por su realización feliz y por la forma tan sencilla en que la ha vaciado.

Le da un apretón de manos su estimador y amigo,

ROGELIO SOTELA

San José, Costa Rica, junio de 1928.

Notilla:—He comprendido y admirado más su trabajo porque he leído el «Popol Vuh» y allí se manifiesta la superior calidad de esta raza, de la que usted ha hecho un símbolo en Arausi. Ofrézcole la edición del nobilísimo y malogrado Carrillo Puerto, si no la conoce.

Salud!

SOTELA.

INTRODUCCION

Quisiera adelantarme a la crítica y tratar de llevar al convencimiento de los lectores la seguridad de que la importante civilización a que hago referencia en esta especie de novela histórica, fué efectiva y no producto de caprichos imaginativos.

Ya la ciencia oficial comienza a estar acorde en la teoría de que existió un antiguo continente Atlante; y esto explicaría el misterio de que hubiera podido desarrollarse esa potente civilización sin los eslabones indispensables a toda cultura.

Por el descubrimiento hecho en el Tajo de Tequisquiac (México), de un hueso tallado por la mano del hombre, imitando la cabeza de un coyote, y encontrado en la capa neozóica de un yacimiento de fósiles de glyptodón y de elefantes, ha deducido la ciencia la edad aproximada del hombre de esa región, como contemporánea de la marga y de la fauna colosal.

El Códice Vaticano, que era el Teomoxtli o libro sagrado de los mayas, contiene un jeroglífico que se refiere al primer Atonatiuh o cataclismo que asoló a esa raza; y de las fechas que en el mismo se indican ha deducido Humboldt la de 18.028 años antes de la

corrección del calendario maya, que lo fué el 249 antes de nuestra era, como fecha probable de la aparición de dicha raza en aquella sección del continente.

Tres razas autóctonas se habían señoreado del territorio mexicano en los albores de la historia, y es muy posible que ellas fueran restos que dejó la raza Atlante al expansionarse al oriente y occidente, y esto explicaría las repetidas semejanzas que constantemente se descubren entre tipos y costumbres de algunos pueblos del continente europeo con otros del americano, al igual que entre su fauna, y muy principalmente entre sus idiomas; y la separación de los continentes tuvo que haber sido posterior a la edad de la piedra pulida, pues ejemplares de ella se han encontrado en ambas riberas.

La brillante estela que fueron dejando las culturas mexicanas quedaron consignadas en sus jeroglíficos figurativos y en sus monumentos, los que indicaban con fechas exactas sus eclipses y aparición de cometas y detallaban sus cultos y costumbres, sus estudios sobre astronomía y cronología, así como su maravillosa cosmogonía.

Las ciclópeas pilastras de Aké, las bóvedas de Uxmal, las columnas de Chichen-Itzá, el arco de triunfo de Kabáh y las múltiples torres, palacios y templos de las infinitas ciudades cuyas ruinas están esparcidas por todo México, hablan claramente de la inmensa cultura a que llegaron esos pueblos, y esa admiración raya en estupor al contemplar las ornamentaciones, esculturas y monolitos que se encuentran en Copán. De tal manera, que quizás hubiera sido

innecesario el esfuerzo hecho por los sabios para interpretar sus misteriosos jeroglíficos, pues ya los sorprendentes monumentos esparcidos por toda esa región hablan de su arquitectura y de su estatuaria, anunciando con sus artes bellas la altura de sus civilizaciones.

Pero los hombres amantes del saber se empeñaron en descubrir el misterio de aquellas edades y casi lo consiguieron; pues exceptuando el idioma maya, los otros ya han sido descifrados, y del maya mismo han podido descubrir una parte, interpretando muchos de sus jeroglíficos.

Lord Kingsborough, con la compilación que de ellos hizo en su «Antiquities of Mexico», prestó un admirable servicio a la ciencia, al igual que Dupaix con su «Antiquités Mexicaines».

En la «Serie de las épocas de la historia Maya» de Pío Pérez se puede encontrar un interesante material sobre estos asuntos. Ancona nos habla de las representaciones dramáticas, de las poesías y de los cantos de esas razas. El padre Durán en su Atlas nos informa del Juego de Pelota de Chichen-Itzá; y en la obra de Alfredo Chavero, «México a través de los tiempos», encontramos la historia detallada de sus tipos y costumbres. Cogolludo hace relación de sus trajes, Román informa sobre su agricultura y el obispo Landan nos explica la forma pacífica con que los nahuas invadieron el Chacnovitán; y después Carrillo y tantos otros nos dicen de la suntuosidad de aquellos templos y palacios.

También me sirvieron de referencia para el desa-

rollo de mi obra los datos sobre historia antigua maya que se sirvió facilitarme el ilustre mexicanista don Antonio Médez Bolio, así como los trozos que se sirvió traducirme de un Códice escrito en nahuatl.

En cuanto a la primera parte de esta historia, también he tratado de adaptarla a la más pristina realidad posible. Para los datos sobre indumentaria, fiestas, costumbres y creencias de la raza güetar me he documentado en las obras de Gabb, de León Fernández, y del historiador don Ricardo Fernández Guardia; y además, en mi personal estudio hecho entre los actuales güetares del alto Talamanca de los que he podido tomar valiosas tradiciones e interesantes referencias sobre los usos y costumbres de sus antepasados.

Pues como decía al principio, de una parte de este material que podría llamarse oficial, he tomado los datos verídicos y las leyendas con que he urdido mi novela, con el principal objeto de despertar del polvo milenario aquellas civilizaciones y ayudar en algo con este pequeño trabajo al estudio ameno de esas culturas olvidadas.

EL AUTOR

Villa Violeta, Costa Rica, mayo de 1928.

ARAUSI

Primera parte

Se ve al Norte la cordillera de Acaba (Chirripó), por cuyas faldas se desliza el caudaloso río Tarire. Al Sur las extensas sabanas de Aoyac (lugar donde comienza el agua), que es el asiento de las tribus de indios viceytas y terbis, que son ramas de la raza güetar.

Los güetares dominan ambas márgenes del Tarire (Costa Rica), desde sus nacimientos en las faldas del Chirripó, hasta el río Dluy que desemboca en la laguna de San-San, a unas tres leguas de la costa Atlántica.

Son los viceytas de unos seis pies de altura, vivos de ingenio, belicosos y bellamente formados, al igual que los terbis, los que se dedican principalmente a la carrera de guerreros.

El poblado de Aoyac se compone de varios miles de palenques (ranchos) construidos de diversas formas y colocados en líneas simétricas.

El palenque real es de dos pisos y tiene un pórtico al frente, bajo él cual acostumbra el Cacique oír las quejas y dar sus fallos, y al efecto, hay allí varios

bloques de madera y cráneos de tigres y de dantas que usan como asientos.

Su interior está dividido por varias mamparas que separan entre sí una porción de hamacas y de lechos formados por pequeños postes con tiras de piel entrecruzadas, y sobre ellos hay extendidas unas especies de mantas de fibra o bellas pieles de tigre.

El suelo, que es de tierra apisonada, está en gran parte cubierto por esteras de fibra y por pieles.

De los postes y paredes penden inmensa variedad de armas, tales como mazas de piedra imitando cabezas de animales, lanzas, arcos y flechas extendidas en forma de abanico. También cuelgan infinidad de pequeños amuletos de jade y de oro en forma de águilas, ídolos, y preciosos collares formados por colmillos de tigre o por semillas de brillantes colores, y sonajeros que usan para ahuyentar a los malos espíritus.

Frente a las hamacas y los lechos se ven pequeñas mesas de piedra con bellísimos calados, y por todos lados se encuentran adornos de barro de formas y colores armoniosos.

Hacia el fondo se levanta el segundo piso sostenido por gruesos postes. Está dividido en solo dos secciones, correspondiendo una de ellas al lecho del Cacique y la otra que queda siempre reservada para el Cacique Jefe de la raza güetar.

Gran profusión de ardillas, papagayos y variados pájaros corren por los postes transversales.

El palenque real está emplazado en una plazoleta circundada por cerca de postes, en cuyos extremos

hay techillos en los que se resguardan del sol o de la lluvia los centinelas que hacen la guardia.

Inusitado silencio reina en el poblado: Pareciera que todos a porfía tratasen de hacer el menor ruido, y es que todos están ansiosos y en espera del sonar de la trompa que los centinelas de las cumbres deben tocar al percibir la llegada del Cacique y sus guerreros.

Más de un cuarto de luna hace que salieron, y nunca han acostumbrado a durar tanto tiempo en sus cacerías.

En el palenque real, las mujeres del Cacique y sus servidores, todos andan a paso quedo. Ellas visten un sayo que les llega a la rodilla, sostenido a la cintura por la faja, y los hombres usan un largo paño con que se envuelven de la cintura abajo y se lo sostienen con el cinturón.

El sol va ya trasponiendo el cenit, y comienzan a encenderse las teas resinosas por el poblado. Las del palenque del Cacique despiden un tenue olor perfumado.

De pronto suena un clamor: la trompa debe haber sido escuchada, puesto que todos salen a las puertas y por varios minutos reina de nuevo el silencio. Ahora ya se escucha el sonido; no hay duda que los guerreros se avecinan, y un inmenso grito sale de todas las gargantas. Poco después, por los linderos del bosque comienza a percibirse la luz de las antorchas. Se ven muchas; ya son miles, pero, cosa rara: no contestan los guerreros a los gritos de bienvenida y no llegan en carrera veloz según costumbre: algo inusitado pasa.

El Usékara (jefe de los sacerdotes) acompañado de

los sukias (sacerdotes) entra en el vestíbulo del palenque real para ser el primero en saludar al Cacique, y ellos comentan también con extrañeza la forma inusitadamente lenta con que avanzan los guerreros. Ya hace más de una hora que se divisaron las primeras luces y apenas comienzan a llegar sus avanzadas al poblado.

Por fin se ve al Cacique Xauquen saltar la valla, seguido de sus capitanes Sectará (el trueno) y Surabta-Qualerú (relámpago en la mano).

Los tres se paran y ayudan a pasar sobre la cerca unas parigüelas. Algún personaje herido deben traer. Llegan por fin bajo el pórtico, y con gran cuidado depositan la camilla que viene cubierta por una piel.

El Cacique va colocando su mano sobre la cabeza de cada uno de los presentes en señal de saludo, y después les dice, que la tribu ha recibido de los dioses el inmenso honor de permitirles el salvamento de una joven que estaba abandonada en la montaña.

Con gran cuidado va levantando la piel de tigre, y a la incierta luz de las antorchas puede verse un cuerpo enflaquecido y una cabeza de cabellos enmarañados con dos inmensos ojos cavernosos. Y como su mirada refleja un intenso sufrimiento, todos preguntan:—¿Pero está herida? El Cacique les dice que no;—pero que muchos días debió de pasar sin comer ni beber antes de encontrarla, pues la razón le había abandonado.—No conoce nuestra lengua, dice, y hemos tenido que dejarla descansar por varios días antes de poder continuar nuestras marchas.



Después colocó su mano sobre la cabeza de la joven y dijo:

—Nuestro buen padre Cibo Di (dios del sol) nos ha concedido el honor de salvarte la vida. Quedas bajo nuestra custodia y serás atendida con igual cariño que las demás mujeres de nuestra tribu. Serás libre de marchar en el momento que lo desees; pero si tus virtudes y hábitos de trabajo están de acuerdo con tu dulce mirar, todos los viceytas de la tribu llorarán tu ausencia.

Ahora quedará bajo la custodia de las mujeres de mi palenque, pero cuando se haya repuesto por completo, el Usékara la encomendará a uno de los sukias para que le enseñe el lenguaje de nuestra tribu. Mis dos jefes se servirán ofrecer también su protección, en nombre de los guerreros, a este ser que el dios sol pone bajo nuestra custodia.

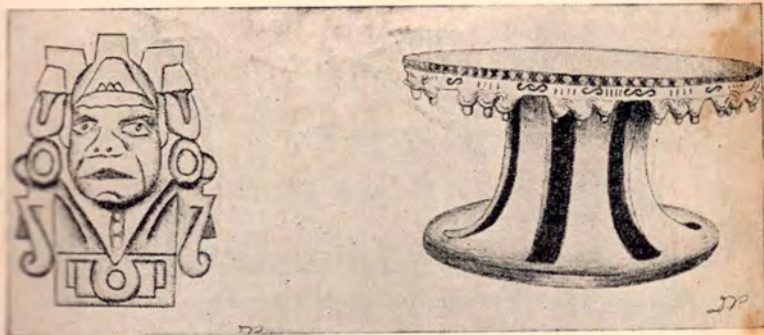
Avanzan dos indios de facciones nobles y mirada de águila: llevan a la espalda una piel de tigre cuyas zarpas les cruza el pecho y un falderín que les llega a la rodilla, sostenido por cinturón de fibra; como armas, arco y carcaj con flechas, una lanza de punta de sílice en la mano; y como distintivo de su cargo, llevan cubierta la cabeza con una piel de ardilla, y en el cinturón dos mazas de armas.

Ambos ponen la mano sobre la cabeza de la joven y dicen:—En presencia de nuestro Cacique y del Usékara de la tribu, ofrecemos y juramos, en nuestro nombre y en el de todos nuestros guerreros, derramar hasta la última gota de sangre en defensa de esta mujer que el Gran Sibó Di ha puesto bajo nuestra cus-

todia.—De igual manera defenderemos su sustento, su honor y su vida, con igual constancia, fuerza y valor, con que hemos jurado defender a nuestras madres, hermanas y demás mujeres de la tribu, al ser aceptados como guerreros.

Después, adelantándose el Cacique dice con voz vibrante:

—Viceytas: esta niña será llamada «Arausi Yaina» (la doncella que sonríe); y en esta forma fué consagrada Arausi como hija adoptiva de la tribu.



IDOLO DE JADE - MESA DE PIEDRA (COSTA RICA)



TERRA COTA (COSTA RICA)

CAPITULO II

Ya han pasado doce lunas, y Arausi habla con toda corrección su nueva lengua, y se ha adaptado fácilmente a las costumbres del pueblo que la adoptara.

A las mujeres de Xauquen les ha enseñado a encontrar en la montaña gran variedad de plantas comestibles, tales como el quequexquintl (tiquisque), el puru (ayote), el poroto (frijol) y el iztalín (la yuca).

Estas innovaciones representaron una gran economía de esfuerzo para la tribu, pues en el crudo invierno se les hacían muy difíciles las expediciones de caza. En los sistemas de cultivo también les había dado raras explicaciones, consiguiendo con ello aumentar las cosechas, y personalmente aleccionaba a los trabajadores, recomendándoles ponerse bajo la protección de Xochi-quetzalli, que era la diosa de las lluvias.

De aquella Arausi que llegó tan enferma y consumida, ya no quedaba ni el recuerdo. En poco tiempo de reposo había surgido una mujer bella y lozana, de resistencia hercúlea, pero de líneas delicadas. Su color blanco rosado, era de un tono desconocido para los viecetas. Aquella mirada de intenso sufrimiento con que llegó a la tribu, había desaparecido por completo, y

ahora su dulce mirar se había acentuado y no la abandonaba ni en los momentos de mayor trabajo.

Por su modo de vestir se notaba un cierto hábito guerrero, pues gustaba de llevar una hermosa piel de tigre cruzada a la espalda, una de cuyas garras la pasaba sobre el hombro y la otra bajo el brazo. Con un cinturón también de piel, sostenía el falderín de rayas, cerrado al lado izquierdo, y su pelo suelto se sostenía en la frente por un angosto cintillo de fibra, del cual salían pequeñas plumitas de colores, pendiendo a los lados de las orejas largos colgantes formados por manojitos de plumas, y calzaba sus pies con sandalias de cuero. En los días de fiesta agregaba a su atavío, brazaletes de oro calado en los brazos, ajorcas en un tobillo, y largas arracadas en las orejas.

Por las noches solía cantar ciertas melodías que causaban sensación de paz y de letargo, y algunas veces distraía en el pórtico del palenque con relatos de épicos combates, con los que mezclaba raros nombres de lugares y de armas, los que parecían hechos reales, pues tal vividez les daba.

Los más frecuentes asistentes a tales historias eran el Cacique y los dos capitanes, y algunas veces, el Usékara y los sukias.

En la mente del jefe de los sacerdotes comenzaba a despertarse el temor de que con el tiempo se aminorara su prestigio dominado por el mucho saber que descubría en Arausi. Comprendía que ella debía pertenecer a una raza superior a la viceyta, y temía que por la influencia de su saber llegara a derrocar el predominio de la casta sacerdotal. Desde hacía al-

gún tiempo venían estas ideas desarrollándose en su cerebro; pero después de oírle las últimas historias de combates y ver la impresión que hacían en sus oyentes, se determinó claramente su temor. Entonces le vino a la memoria el recuerdo de cierto día en que Arausi presenciaba el ceremonial para curar a un enfermo. La influencia de los conjuros no daba efecto, y entonces ella le dijo:—Usékara, si al enfermo le das el jugo de una planta que yo conozco, te será más fácil que el espíritu malo abandone su cuerpo. Y en efecto: horas después el enfermo estaba curado. También pensaba ahora en las reformas que había introducido en las siembras, y las nuevas plantas alimenticias que había descubierto; todo ello, y principalmente la confianza ciega que el Cacique tenía en ella, le producía al Usékara un fuerte desasosiego.

¡Cómo es posible, pensaba, que ya no se convoque al Consejo, y que no le hayan vuelto a pedir a él o a los sukias que sean consultados los espíritus!

Desde hace tiempo, la dirección de los asuntos de la tribu está en manos de Arausi, y lo que es peor, (seguía pensando), hasta los mismos capitanes le piden consejo sobre prácticas militares. También le había enseñado a los guerreros raros juegos con una pelota de hule que los entretenía mucho, y todo esto producía intensa preocupación en el Usékara, y lo decidió a poner fin a tal preponderancia a cualquier costa.

He de tener una conversación con ella; se decía, en la que la amenazaré con que perderá la protección

del sacerdocio, si continúa tratando de entrar dentro del campo de nuestro prestigio.

Mientras tanto, en el poblado de los viceytas se sentía una paz no acostumbrada. Había desaparecido aquel constante temor con que siempre esperaban la vuelta de los guerreros de sus largas cacerías, temor ocasionado por la duda de que las batidas no diesen buen resultado, lo que traía la consiguiente merma en las provisiones. Ya esos temores habían pasado, pues en los linderos del bosque podían encontrar suficiente sustento, y las buenas cosechas tenían repletos sus graneros, y sabían, que todas estas ventajas se las debían a Arausi, y para ella iban sus constantes bendiciones.

Arausi trataba a Xauquen con gran respeto y siempre lo llamaba «Tácatl», noble señor en su lengua, y éste le había llegado a tomar un gran cariño, y también le reconocía inteligencia y capacidades muy superiores a todos los de su raza; a tal extremo, que reunía el Consejo por fórmula, pues cuando lo hacía, llevaba sus ideas formadas de antemano, después de haberlas consultado y discutido con Arausi. Por consejo de ella había creado un cuerpo de policía, el cual reemplazaba a los guerreros cuando éstos salían de caza. Enseñó a las mujeres del palenque real a tejer bellos géneros de ichkatl (algodón), tiñendo los hilos con campeche, añil y otras sustancias, y también a estamparlos por medio de moldes de barro cocido.

A Sectará y a Surabta les estaba enseñando a pintar signos y figuras sobre papel de maguey (variedad del henequén), al estilo de su patria, para que así fuesen

conservados los usos, costumbres y ritos de la tribu, y también les había enseñado a hacer corazas, cascos y brebas de madera delgada y resistente, y proyectaban recubrir algunas de éstas con finas planchas de oro, para el Cacique y para ella. Les había prometido además, enseñarles a hacer ladrillos cocidos, para la construcción de grandes palenques y templos, cuya idea tenía encantado al Cacique.

Los dos capitanes aprovechaban todos los momentos de que disponían para consultar y discutir con Arausi sobre el entrenamiento de los guerreros y sobre cualquier otro pretexto, y era de notarse, que al llegar uno al palenque, poco después aparecía el otro.

En Sectará había comenzado a despertarse un amor impetuoso y loco por Arausi. Acostumbrado a dominar a los hombres, a las fieras y a la naturaleza misma, nunca pensó que Arausi no le llegara a amar.

Estaba pensando un día en clavar de una vez su lanza frente al palenque de Arausi, para que ella supiera que quería hacerla su mujer; cuando a propósito de algo que se dijo, el Cacique preguntó a Arausi, que si alguna vez había amado.

Ella se inmutó, y frunciendo el ceño por primera vez desde su llegada a la tribu, dijo:—Para las razas que quieren expansionarse y avanzar, el amor es fuente de todo mal.—Nunca me hablen de él, pues su memoria me trae recuerdos espantosos. Se entristecieron sus ojos dolorosamente, y siguió diciendo:—yo les contaré mi historia y vereis cómo por culpa del amor pueden arruinarse los más bellos proyectos de una nación.

Después de esto, Sectará guardó en reserva su cari-

ño, pero siempre con la esperanza de que en poco tiempo olvidaría Arausi las malas impresiones que conservaba del amor, y esperaba también oír su historia para poder juzgar si esa mala impresión sería duradera. Pero de cualquier forma, pensaba, dentro de más o menos tiempo he de plantar mi lanza frente a su palenque, con su aceptación o no; y pobre de aquel que trate de impedirlo.

Surabta también sufría por amor a Arausi Yaina. El suyo es un amor profundo y delicado, y muy triste, porque es amor sin esperanza. Sectará ya le ha hablado de su cariño para Arausi, y teme mucho a los impulsos del carácter de su amigo, al que quiere como hermano. Se ha empeñado en convencerlo de que a ella no pueden ser aplicadas las costumbres de la tribu, y que su amor sólo puede obtenerse por tácita aceptación; y además, que sería faltar al juramento de fidelidad que le había prestado, si clavaba la lanza ante su palenque; y a todo esto Sectará había guardado silencio.

Surabta la amaba desde que la encontró en la montaña enferma y desvalida. El fué el primero en descubrirla, y siempre guardó la ilusión de que con el tiempo llegase a amarlo. Constantemente la estuvo rodeando de cariños y atenciones, y ahora comprendía que su esperanza era una ilusión, pues, aunque llegara a amarlo, él tendría que esconder su cariño en lo más profundo de su alma, como si fuera un crimen. Pero él dominaría esta pasión; pues estaba acostumbrado a vencer en los más difíciles ejercicios de la guerra. En los saltos había llegado a límites

inconcebibles, al igual que en las carreras, y habiendo logrado dominar casi el dolor de las heridas y hasta las torturas del hambre y de la sed, ¿cómo era posible que no llegara a convertir este cariño intenso en un puro amor fraternal? Lo habría de conseguir, pues por algo se llamada «relámpago en la mano».

Mientras tanto, estaba Arausi completamente ajena del intenso amor que había despertado en ambos amigos, y de haberlo sospechado, grande hubiera sido su aflicción, pues los quería en extremo. En su constante relación con ellos había podido apreciar sus bellas cualidades. Sectará era de una energía sin igual, y habría sido un gran guerrero si hubiera estado sometido al estricto entrenamiento que acostumbraban en su patria. A Surabta en cambio, si hubiera vivido allí lo habrían hecho ingresar en una escuela de filósofos, o lo hubieran dedicado al sublime arte de la medicina. Su alma noble y clara visión de las cosas, seguía pensando Arausi, hubiera sido más apta para las ciencias que para obtener del cuerpo el máximo de elasticidad y arrojo. Lástima grande había sido el encerrar esa gran inteligencia dentro de la estrecha cárcel de su macizo cuerpo.

CAPITULO III

Todos esperaban con impaciencia en el palenque real que Arausi diese comienzo a la historia prometida, y un día, Surabta le regaló un traje de un tejido de semillas que había confeccionado para ella, con la condición de que diera comienzo a la historia.

Para escucharla fueron avisados los sacerdotes, y en cuanto a los dos jefes, antes hubieran perdido su alimento diario que una sola de sus palabras.

—Yo pertenezco, comenzó a decir Arausi, a la potentísima raza nahuà, siendo mi lengua materna el nahuatl.

—Cien ciudades populosas están regidas por un ser divino por su inteligencia y su saber, que es el gran Ahmekat-Tutulxiu. Tiene un alma delicada, pero en cambio, en el combate es cual tigre feroz que asola al enemigo con sólo la pujanza de su lanza. Domina a las masas: corre, vuela y siempre vence, porque en tal forma electriza a sus guerreros, que llegan a la victoria o pasan a la muerte sin darse cuenta.

—Es justiciero, magnánimo e inflexible y todos lo aman: además, es maestro en artes y ciencias y prin-

cipalmente, en la médica, pues conoce infinidad de plantas curativas. El descubrió las propiedades del árbol llamado xochihuacatzl, de belleza peregrina, cuya flor es verde y rosada y de olor suave y aromático, y cuya infusión cura el asma más rebelde. También el preciado izquixochicuahuitl de flores blancas olorosas y el tlilxuchith, que es la rica vainilla, fueron descubiertos por él, y comprobó, para bien de la medicina, que esta última planta mezclada con el mecaxochith, es de influencia portentosa durante el nacimiento de los niños.

—Todo el Imperio de Anáhuac está cubierto de bellísimos palacios y de templos.

—Mi padre, el Gran Quetzal (el viento), era uno de los principales jefes de este pueblo y se había especializado en la estrategia, pues nuestros hombres sólo dedican el esfuerzo de su vida a una o dos finalidades.

—Nuestros constructores han llegado a grado sumo de perfección. Grandes moles de piedra elevaron al espacio, las que miradas de lejos semejan encajes. Pirámides perfectas, parecen mansiones divinas, y son ellas templos y palacios, y hasta las simples casas particulares se hallan bellamente ornamentadas teniendo muchas de ellas sus puertas cubiertas de planchas de oro.

—Hay colegios regidos por sacerdotes donde tanto los hombres como las mujeres reciben instrucción sobre el uso de las plantas medicinales y sobre todas las ciencias, y en escuelas especiales enseñan a los iniciados los secretos de la cosmogonía.

—Yo pertenecía a la escuela de medicina y a la vez formé un cuerpo militar de mujeres del que me nombraron jefe.

—Por aquel tiempo, habiendo llegado nuestro pueblo a un muy alto estado de densidad, decidieron nuestros jefes comenzar una sistemática expansión a través de las fronteras, proyecto que había venido siendo estudiado y preparado por centenares de lunas. Era necesario buscar nuevos territorios, pues en el nuestro ya no quedaba nada sin aprovechar.

—Con este propósito se acumularon ingentes elementos guerreros, y era la idea, que, a los nuevos territorios que anexáramos se les fueran ofreciendo nuestra cultura, nuestros conocimientos y riquezas, y que el paso de nuestros ejércitos quedara marcado por una estela de palacios, de templos, de escuelas y de regiones cultivadas.

—Habría de ser algo grandioso, algo épico y muy a la altura de nuestro divino jefe y de la pujanza de los nahuas.

—Para jefe supremo de este ejército fué nombrado mi padre, y como su segundo, otro jefe muy prestigiado llamado Tuxpan, que era hermano de nuestro Gran Sacerdote.

—Fué tanto mi entusiasmo al conocer de este proyecto, que me empeñé en formar parte de la expedición, y después de gran lucha, triunfé en mi deseo. Yo tenía entonces veintidós años, y pertenecía como aspirante al Templo de las Vestales.

—Salimos al fin de Na-chan-caan (Palemke), que es la capital del Estado, con diez mil hombres de

armas y otros diez mil entre artífices, constructores y maestros en todas las ciencias y artes. En el lago de Petén establecimos nuestros reales, y allí dimos las primeras muestras de nuestro poderío construyendo bellos palacios y templos. Establecimos escuelas y sembramos inmensas cantidades de terrenos, regando el oro a manos llenas.

—Teniendo ya aseguradas las fuentes de aprovisionamiento seguimos con dirección al sur, y lentamente y por etapas fuimos conquistando territorios y dejándoles en cambio escuelas, palacios y templos, y nuestros grandes conocimientos sobre medicina y botánica, así como grandes extensiones cultivadas.

—De la patria azteca recibíamos también toda clase de elementos, y durante innumerables lunas la victoria nos fué precediendo por doquiera.

—Pero llegó un momento en que los pantanos eran tan frecuentes, que parecía que el continente estuviera para hundirse. Inmensas extensiones de terreno estaban deshabitadas, y tuvimos que dejar de construir edificios estables, y hasta que reducir las siembras, pues llovía incesantemente; debido a ello comenzaron a agotarse las provisiones y a perder el contacto con nuestro centro.

—La principal dificultad consistía en la ausencia de población en las extensas regiones que atravesábamos, no sirviendo por consiguiente nuestro oro para la compra de los elementos que necesitábamos. Y a tal punto llegó la situación, que teníamos que permanecer en los pequeños poblados, mientras que nues-

tras avanzadas de trabajadores sembraban y recogían las cosechas en la siguiente etapa.

—Esta falta de cohesión en el ejército y el peligro constante a que exponíamos a nuestros trabajadores de la vanguardia, fué el principio del desastre, o más bien, el lado débil que encontraron para provocar la ruina de nuestra magna empresa.

—Repetidas veces me había pedido Tuxpan que me casara con él, a lo que siempre le contestaba con burlas, hasta llegar a dirigirme serias amenazas, las que sólo me producían risa.

—Yo hubiera debido dar cuenta de ello a mi padre, pero temiendo perder un elemento tan capacitado en el ejército, como Tuxpan, preferí guardar reserva. Quizás debí haber sacrificado mi libertad y propia satisfacción en bien de los ideales de mi patria.

—Un día sublevó Tuxpan al ejército y quitó el mando a mi padre, y con un pequeño grupo de adeptos fuimos abandonados a nuestra propia suerte. Eso sucedió en unas mesetas que quedan detrás de esa cordillera, en un punto llamado Culapán (Curridabat). Nosotros seguimos nuestro camino al este, y poco después bajamos hacia el sur hasta tropezar con el río Tarire. Ibamos sin alimentos, medicinas ni armas, y rápidamente fué diezmándose nuestro pequeño grupo.

—Nuestra idea fué subir de nuevo al norte haciendo un rodeo a las fuerzas de Tuxpan para acercarnos lo más posible a la patria, pues mi padre hasta el último momento conservó la esperanza de volver a ella, para con un nuevo ejército continuar la con-

quista de otros territorios, aprovechándose de las experiencias adquiridas en la adversidad.

—El comenzó también a sentirse atacado de fiebre al igual que yo, y en ese estado, todavía caminamos por varias lunas seguidos de unos pocos y viviendo sólo de raíces.

—No conservo más recuerdos de mi padre: él también debió de haber caído, pues si no, a mi lado hubiera estado cuando ustedes me encontraron perdida en la montaña.

—Cuando en este poblado de viceytas haya pagado en parte los muchos beneficios y cariños recibidos, he de solicitar la ayuda de algunos de los guerreros para tratar de encontrar los restos de mi padre, y darles debida sepultura empleando los ritos de esta tribu, que según he podido observar son altamente filosóficos.

—A este deseo me mueve principalmente el empeño que tengo por tratar de recuperar los importantes escritos y documentos que mi padre llevaba consigo, y que podrían ser de inmenso beneficio para la tribu que me ha adoptado.

—Ahora comprenderéis vosotros cuánta razón tenía al decirlo, que para las razas que quieren expandirse, y pretenden dominar y avanzar, el amor es fuente de todo mal, y que por culpa de él se arruinaron los más bellos proyectos de mi nación.

La historia de Arausi produjo entre los oyentes muy diversas impresiones.

CAPITULO IV

El Usékara se convenció más y más, del inminente peligro en que estaba el prestigio de su casta, arrollado por la gran influencia que cada vez más adquiría Arausi, y decidió convocar cuanto antes a todos los sukias para hacerles presente sus temores.

Después de largas discusiones, los mismos sacerdotes se asustaban entre sí imaginando pueriles horrores y peligros, y al fin decidieron por unanimidad llamar a Arausi y amenazarla con retirarle en absoluto su protección, si continuaba medicinando a los enfermos o enseñando el secreto de las plantas.

En la asamblea que convocaron a este efecto, ella les dijo lo siguiente:

—Lejos de mi deseo está el tratar de restaros ni un ápice de influencia ni del menor prestigio, pues estoy convencida de que el sacerdocio es un elemento altamente importante y necesario para el desenvolvimiento de los pueblos jóvenes, y nunca hubiera ido contra mis propios ideales, tratando de anular la preponderancia de la casta sacerdotal; máxime, cuando de tan generosa manera ha tenido la paciencia de

adornar mi inteligencia con la bella lengua de los viceytas.

En mi nación, son los sacerdotes los maestros de las ciencias médicas y los que difunden todos los conocimientos como agua viva entre las masas; y para demostrarles cuanto es mi deseo de colaborar con vosotros al florecimiento de esta tribu, ofrezco instruiros en los conocimientos de botánica que poseo, enseñando el uso de las plantas medicinales, y nunca más curar a nadie sin el permiso de la casta.

La promesa de Arausi fue aceptada y todos quedaron satisfechos con el triunfo conseguido.

Pocos días después llegaron correos portadores de la noticia del próximo arribo del gran cacique Nayare (guardia), jefe de todos los güetares, y señor natural en treinta leguas a lo largo del Tarire. Venía acompañado de su hija Disidra (estrella).

Bellas fiestas se avecinaban, pues siempre era celebrada la llegada del Gran Jefe con grandes solemnidades, siendo la más importante de ellas los simulacros de combates.

Arausi estaba altamente interesada en presenciar estos simulacros a los que era tan adicta cuando vivía en el seno de su patria.

Xauquen y los principales jefes guerreros salieron a recibir al Gran Cacique, a buena distancia del poblado.

Era la primera vez que Disidra visitaba a los viceytas, y con su expresión bella y bondadosa cautivó a todo el pueblo. Su traje de biriteca (amazona), la hacía verse como un delicado ensueño vestido de guerrero.



La cubría el pecho una especie de corpiño de finísima piel atigrada, de ancho escote y sin mangas, y su enagueta que no le llegaba a la rodilla, estaba sostenida por un cinturón de tejido de plumas y plaquitas de oro, y con un águila del mismo metal por broche. Delgadas correillas trenzadas hasta la mitad de la pierna sostenían sus sandalias, y a la espalda llevaba un corto manto tejido de bellísimas plumas de colores, sostenido por dos fajas que se unían en el pecho por dos aguilillas de oro.

Llevaba además varios collares, y en la frente una diadema con la que se sostenía el pelo, formada de plumas unidas al cintillo por plaquitas de oro, llevando al frente una pluma azul más larga, afianzada por otra águila de oro; y por armas, llevaba un pequeño arco de conteras de oro y el carcaj correspondiente.

Nayare era de alguna edad, de formas atléticas y ojos de mirada arrogante. Vestía al igual que los viceyatas, y como distintivo de su cargo llevaba al pecho varias águilas.

En el atrio del palenque fueron recibidos con toda solemnidad por el Usékara y los demás sacerdotes ostentando su jefe sobre el pecho el disco de oro puro que era su distintivo.

Cuando presentaron Arausi al Gran Jefe, y al conocer a la raza a que pertenecía, dijo, que había tenido noticias de que los tales guerreros nahuas habían llegado a las vecindades de sus poblados; pero que tan seguro estaba de la pujanza y fama de sus güetares, que no había tenido inconveniente en salir a recorrer

sus dominios, seguro de que no osarían dar un sólo paso dentro de su territorio.

—Se ve que vuestras fuentes de información son cortesananas y por ello no veraces, le contestó Arausi, pues sobrado conozco a su Jefe Tuxpan y sé cuánta es su osadía.

—Pueriles temores de mujer, dijo Nayare: paréceme oír las palabras de mi hija Disidra.

Comenzaba el sol a descender tras el ocaso. El Gran Cacique y su séquito descansaban ante el pórtico del palenque, cuando de pronto saltó un guerrero la cerca del recinto, y con premura y gallardía plantó su lanza frente a la puerta.

Según las costumbres de los viceytas y de los terbis, ésto es una orden y es un reto, pues en el preciso término de siete días, el mismo guerrero ha de presentarse para que le entreguen a la mujer que ha elegido por esposa. Otro guerrero puede disputar la presa clavando a su vez su lanza junto a la otra; pero en este caso, ello no es posible, pues son de sobra conocidas la resistencia y valor del guerrero Sectará.

Entonces Arausi se adelantó trémula y altanera. ¿Por quién plantastes tu lanza?, le preguntó: ¿es por mí a quien juraste defender hasta morir; ya no te acuerdas?

Y de pronto, y en medio de una gran expectación, se ve saltar la valla a Surabta, e hincando su lanza junto a la de su íntimo amigo, dice: Yo sí recuerdo el juramento.

Arausi inclina lentamente su rodilla, y ajena por

completo a los presentes, susurra esta plegaria: Dios de mi raza: veme de nuevo aquí humillada ante ti en demanda de consejo. En mi soberbia, créime libre y dueña de mis actos, y elegida por ti para guiar esta raza por el sendero del progreso, y con los guerreros de esta tribu llegar a tomar venganza por el desastre de nuestro ejército. Pero de nuevo la lucha se interpone en mi camino, y esta vez es entre dos amigos, como hermanos: entre dos nobles corazones puros y generosos, pero oscurecidos por el velo de la pasión. ¡Ilumíname, Dios de mi raza!

CAPÍTULO V

Al amanecer del día siguiente todo el poblado vibraba al son de las trompas. Los aspirantes a guerreros pasaban y se cruzaban en veloz carrera llevando órdenes, y en sus caras se reflejaba un inmenso regocijo.

Las pasiones despertadas en el alma de los dos capitanes parecían acalladas o desvanecidas ante la emoción que les causaba la proximidad del simulacro, pues los movimientos tácticos enseñados por Arausi, que se habían de ensayar, estaban seguros que resultarían de gran lucimiento y de un prodigioso efecto para el Jefe de los Caciques.

El campo de entrenamiento está en las afueras del poblado, separado de él por una maciza cerca de troncos y limitado al frente por el bosque. En su mitad y al lado de acá de la cerca se levanta un alto palenque reservado como tribuna para los Caciques y personajes principales.

Vendedoras de chicha corren a porfía para ocupar los mejores puestos a lo largo de la cerca. (Chicha, bebida fermentada obtenida del maíz). Un centenar de músicos comienzan también a tomar campo en

los bajos del palenque. Con sus raros instrumentos de tonos discordantes electrizan a las masas. El principal de éstos es el tamboril que lo tocan con los dedos, y su sonido, al combinarse con el producido al rascar el caparazón de un armadillo, crispa los nervios, y sobre todo, cuando intensifican el tono con el estridente que producen varias canillas de ave amarradas por un extremo, las que al ser frotadas con otro hueso dan un lamento prolongado. Usan también la flauta de siete notas y la ocarina, acompañando esta diversidad de tonos por el monótono y grave que produce al golpear una especie de caja de madera que tiene una lengüeta en el centro, y por encima de toda esta algarabía sobresalen las trompas de guerra con sus filadas de notas largas y vibrantes.

Al llegar los Caciques, la muchedumbre se extiende a lo largo del campo de maniobras.

Con un grito unánime saludan a los guerreros, los que sin abandonar la marcha van abriéndose en forma de abanico, y con un elegante salto trasponen la cerca y se extienden por el campo. Una rápida evolución los coloca en dos porciones frente a frente y separados por espacio de diez yardas.

Hay un momento de espectación: los dos jefes avanzan para saludarse. Surabta, con mirada leal y cariñosa coloca su mano sobre la cabeza de Sectará, mientras que éste se nota que lo imita con esfuerzo. Se separan, y esperan a que el Cacique, con su doble silbato, dé el aviso de comenzar la lucha.

A la primera nota, los torsos de todos los atletas se echan para atrás, y con gran pujanza tiran sus

lanzas al espacio a grande altura. Estas se entrecruzan, caen algunas al chocar, y las demás son cogidas por los contrarios antes de caer. Repiten esta suerte varias veces, tomando sus cuerpos estatuarios bellas posiciones.

Suena otra vez el silbato, y entonces los aspirantes a guerreros pasan a vanguardia con haces de flechas, las que colocan al lado de los combatientes: a una señal se desplegan los guerreros en extensas líneas de combate. De pronto todos se echan a tierra y sus cuerpos casi desaparecen tras los ramajes esparcidos previamente. Una nube de flechas despuntadas se eleva en el espacio y con elegante curva va cayendo sobre el enemigo, y siguen por un tiempo levantándose sin descansar mientras que los ayudantes se arrastran supliendo de flechas a los guerreros.

Las músicas atruenan y todo el pueblo grita a la vez, pero de pronto reina un profundo silencio cuando los dos cuerpos combatientes surgen a la vista. Arausi tiene su mirada fija en la batalla y espera ansiosa el brillante efecto de la próxima evolución. Los guerreros extienden los arcos, y de frente y a pecho descubierto lanzan sus flechas.

Se oye un grito: es de Surabta que cae con el pecho atravesado.

Arausi, rápida como el pensamiento, ya está al lado del herido, y comprueba, que una flecha con punta ha sido reemplazada a las usadas para los simulacros.

En el primer momento una atonía inmensa embarga todos los espíritus. Este caso inusitado ha pa-

realizado las mentes, y la muchedumbre rodea al grupo del herido ávida de inquirir noticias, y entonces Arausi informa a los Caciques que acaban de llegar, que el caso es de mucha gravedad.

El guerrero Deyé levanta a Surabta cual si fuera un niño. Ya nadie piensa en el combate y todos los demás siguen al cortejo tristes y decaídos. Esos soldados tan prestos para la lucha y tan valientes contra la adversidad sufren un dolor intenso por la herida de su jefe. Y es porque Surabta siempre acostumbró a poner su pecho ante la zarpa de la fiera para defender a cualquiera de sus guerreros, y porque fué siempre el primero en curarles sus heridas, y acostumbraba a dividir entre ellos sus alimentos cuando las raciones escaseaban.

Por orden del Cacique es conducido Surabta al palenque real y tendido en uno de los lechos.

Los sacerdotes van a su palenque a consultar a los espíritus. Hacen llamar a Arausi y la conminan para que inmediatamente les facilite las yerbas necesarias para la curación de Surabta.

—Es tan grave el estado del herido, les contesta ella, que temo mucho que perdáis gran parte de vuestra influencia si Surabta muere en vuestras manos. Los guerreros están exaltadísimos con la herida de su jefe, y si vuestra curación fracasa, dudo mucho que podáis volver a recuperar vuestro prestigio. Podéis consultar a los espíritus, y estoy segura que os aconsejarán que lo pongáis bajo mi cuidado, reservando a vosotros las fórmulas de encantamiento indispensable para que mis yerbas produzcan resultados.

Entonces los sacerdotes decidieron que fuera Arausi la que corriera el riesgo de la curación de Surabta.

Volvió Arausi al lado del herido. Había seguido como desvanecido, pero al sentir la presencia de ella le hizo señas de que se acercara y con voz doliente le dijo:

—Querida Arausi, ¡sálvame la vida! Que no caiga sobre mi tribu esta terrible mancha. Estoy acostumbrado a exponer mi vida a cada momento, pero esta herida mía podría traer gravísimas complicaciones a mi tribu. Bella Arausi, escucha mi plegaria y no me dejes morir, y si lo crees necesario, ofrece a tus dioses que entregaré mi vida en la próxima partida de caza, con tal de que hoy me salven.

Arausi mientras tanto le alisaba el cabello, y sentía que la congoja la ahogaba, y pensaba, que cómo era posible que ella, la amazona, la mujer que por cien lunas había venido guerreando en múltiples combates, sintiera una aflicción tan intensa ante aquella valiente alma.

En eso entraron en el palenque el Usékara y los sukias, y dijeron, que habían recibido orden de los espíritus de encomendar a Arausi la curación del herido, y entonces ella, sin perder momento, sacó unas yerbas y se las dió a oler a Surabta, el que poco después cerró los ojos.

Todos los presentes observaban los movimientos de Arausi, y ella a su vez estaba pendiente de la respiración de Surabta, y cuando observó que su pecho se levantaba de modo acompasado, comenzó a

extraerle la flecha lentamente, y después con rapidez cubrió la herida con otras yerbas.

La espectación de los presentes llegó a un alto límite cuando vieron que de la herida no había salido una sola gota de sangre, pero en cambio, la palidez e inmovilidad del herido los tenía muy asustados. Así lo comprendió Arausi, y entonces fué tan bella su sonrisa que inmediatamente hizo renacer la esperanza en los corazones de todos los presentes, y a tal extremo les volvió la confianza, que se fueron retirando cual si Surabta quedara en manos de los dioses.

Ella también fué saliendo lentamente hacia el pórtico del palenque y frente a él encontró a Sectará y en su mirada ansiosa creyó leer su ávida pregunta y por única contestación le dijo:—¡Roguemos a los dioses!, y entonces él quitó la lanza de frente a la puerta y como abrumado por el sufrimiento, poco a poco se fué retirando.

La plazoleta estaba toda cubierta de guerreros. Todos tenían una rodilla en tierra y estaban inmóviles como estatuas. Avanzó Arausi entre ellos, y poniéndoles a algunos la mano en la cabeza les iba repitiendo:—¡Roguemos a los dioses!

Lentas van pasando las horas de la noche. Surabta comienza a despertarse, y de pronto se escucha una débil queja y dice:—Dulce Arausi: amada mía, ¿dónde estás? —¡Ay, qué triste es la vida! Queda de nuevo en silencio por un rato, y después parece recordar el momento en que clavó la lanza al lado de la de su amigo. —¿Pero cómo fué éso?, dice:—¿obedecí a un impulso de amor o de deber? —Sí, lo hice sólo por

defenderla, pues si yo hubiera llegado a vencer a Sectará, ella hubiera quedado libre. —¡Dioses míos, ayudadme a dominar esta pasión!:—quiero ser bueno y no obstante, soy traidor al cariño del amigo. Después se revuelve en el lecho y trata de levantarse. Arausi lo sostiene y lo obliga a recostarse, y queda en calma por un rato. De nuevo comienza a decir: —¿Quién lo acusa?: no, no es cierto, él no fue. ¿No vieron que fui yo mismo el que me herí al resbalar?; y después de un corto rato dice:—¿Por qué Sectará, por qué me heristes?

Durante el angustioso silencio que siguió, Arausi se siente horrorizada y tiene miedo hasta de su propio pensamiento.

Las tinieblas de la noche comienzan a desaparecer. La respiración del herido se hace cada vez más cadenciosa y tranquila. Arausi le toca la frente y ya no quema, y comprueba, que una vez más la prodigiosa planta ha obrado el milagro. Entonces una dulzura deliciosa circula por sus venas y lentas y consoladoras lágrimas corren por sus pálidas mejillas. Ellas son su primer tributo al amor.

A paso quedo se dirige a las hamacas y a los lechos. Todos duermen: entonces sale al ático del palenque y ve que los guerreros continúan todos de rodillas, y hondamente conmovida por aquella fidelidad, con dulce y melodiosa voz les va diciendo que su jefe está salvado.

Debido a la robusta naturaleza de Surabta su convalecencia es rápida y ya en poco tiempo podrá salir de nuevo a sus partidas de caza.

CAPITULO VI

El Gran Cacique está próximo a partir, cuando de pronto llega un correo con la noticia de que los mayas comandados por Tuxpan han invadido ambos márgenes del Tarire entrando a sangre y fuego en todos los poblados.

Se reúne el Consejo de guerra formado por los dos Caciques, los sacerdotes y los dos jefes de los guerreros. Arausi se presenta en esta asamblea y pide que la encarguen de la dirección de la construcción de las trincheras. El Usékara y los sukias se oponen a ello y consiguen dominar en la opinión siendo rechazada su propuesta. Ella insiste y manifiesta, que los guerreros de Tuxpan usan flechas envenenadas. —Si me dejáis la dirección de las trincheras, les dice, yo os pondré en condiciones de luchar con armas iguales, pues también conozco el modo de envenenar las flechas, y si no, ved la muestra. Coge Arausi un arco y lanza una flecha que traía en la mano, contra un ciervo. Todos corren a la puerta y se admiran de la potencia de su brazo y de su exacta puntería, y ven que a los pocos pasos el animal cae como fulminado. Esta prueba decide al Consejo a aceptar la

propuesta de Arausi, en medio de una gran indignación de los sacerdotes, a tal extremo, que los Caciques ya molestos con esta insistente oposición deciden, sin tomarlos en cuenta, que Arausi asista a todas las sesiones del Consejo para que los ilustre con sus conocimientos.

Entonces Arausi alentada por este apoyo presenta un plan de defensa que es aceptado inmediatamente, y seguidamente pone en movimiento a todos los guerreros ordenándoles la construcción de trincheras estratégicas y aleccionando a los dos jefes sobre la táctica más conveniente que deben emplear.

Como todos han llegado a convencerse de su gran competencia en el arte de la guerra, inconscientemente han ido delegando en ella la dirección de toda la defensa y obedecen a sus órdenes incondicionalmente.

Ella va vestida de amazona con su piel de tigre sobre el hombro y armada con arco y maza, y corre de un lado a otro sin dar paz ni descanso a la gente. De modo asombroso se multiplica y siempre está en todas partes observando hasta los menores detalles de la defensa; así es, que cuando los centinelas apostados dan el aviso de la proximidad del enemigo, ya está todo preparado.

Avanza Tuxpan cauteloso, pues se admira de encontrar el lugar como si estuviera deshabitado, y con todo cuidado va deslizándose por las faldas de la cordillera. Ya sólo el caudaloso Tarire lo separa del poblado y acampa sobre un brazo de este río para que sus exploradores estudien el terreno. ¿Dónde está la tribu de los viceytas y aquellos tan famosos gue-

rreros terbis?, piensa Tuxpan. Al amanecer del día siguiente destaca un pequeño grupo de guerreros con orden de atravesar el Tarire; pero antes de que uno solo lo haya conseguido, todos quedan fulminados por las flechas enemigas. Entonces Tuxpan manda un despliegue en largas líneas en las márgenes del río, y al notar que algunos grupos de enemigos tratan de estorbar la toma de posesiones, ordena que grandes contingentes se echen sobre ellos. Pero es en balde, pues no encuentran resistencia. Poco después comienzan a molestar su retaguardia; después uno de los flancos y después el otro, pero por ninguna parte hace decidida oposición el enemigo.

Entonces Tuxpan se queda pensando que esa es la misma extraña forma de combatir del viejo jefe Quetzal. Lleva ya perdidos varios centenares de guerreros sin que éstos hayan podido disparar una sola de sus flechas. Entonces tantea un nuevo asalto en masa sobre el río consiguiendo llegar hasta sus márgenes, pero al comenzar a vadearlo son diezmados terriblemente, comprendiendo Tuxpan hasta ese momento, que el enemigo usa flechas envenenadas, y rápidamente ordena una retirada sobre su base.

Mientras tanto, en el palenque real están reunidos los Caciques con Arausi. Por medio de pequeños muchachos que se deslizan arrastrándose, están los jefes del palenque en íntimo contacto con las secciones de guerreros que han sido distribuidos en todos los puntos estratégicos. Por ellos saben que las fuerzas de Tuxpán están corriéndose hacia el brazo del Tarire llamado río Seco, con lo cual el plan de Arausi se

va cumpliendo en todos sus detalles, pues en las cabeceras de este río tiene apostada gente con orden de estar envenenando sus aguas constantemente, por cuya razón tendrá Tuxpán que irse replegando para encontrar agua potable.

Llegó entonces uno de los pequeños y le dijo a Arausi, que en contra de sus instrucciones, había recibido orden de Sectará de correr a río Seco y decir a los guerreros que no echasen más veneno en las aguas y que se replegasen sobre la cordillera.

Al saber esta noticia, rápidamente ordena Arausi que vengan los dos jefes, y pide a los Caciques que sean llamados los sacerdotes a Consejo pleno. Todos concurren enseguida, menos Sectará que no ha sido encontrado todavía.

Arausi les dice entonces con voz vibrante: —Ante el Consejo acuso como traidor al guerrero Sectará. El ha dado orden de suspender el envenenamiento de las aguas de río Seco, que según el plan aceptado por el Consejo es la base principal para conseguir que el enemigo quede encerrado en la confluencia de los dos ríos. En otra forma, nosotros no podríamos combatir con un ejército mucho más numeroso y aguerrido y la batalla se perdería.

Entonces fué interrumpida por Surabta, el cual intensamente pálido y con voz trémula dice: —Eso no es posible: mi amigo Sectará es incapaz de tal felonía contra su raza: yo respondo por su honor.

Sigue un rápido debate en el que todos los sacerdotes unen sus protestas a la de Surabta, y hasta los mismos caciques parecen apoyarlo con su silencio.

Arausi da unos pasos hacia la puerta, y con voz enérgica dice:—¡Todo ha concluido! —Os falta la fe y la batalla será perdida. —Como supeditais los pequeños sentimientos a los grandes ideales de la raza, no tenéis razón de existir y seréis vencidos. —La acusación que yo he lanzado será vista por vosotros como un acto monstruoso y a mí no me resta más que clavarme esta flecha envenenada para que así queden convencidos de que la lancé con toda lealtad y como único medio de impedir el desastre del ejército.

Todos corren a impedir que ella se hiera, cuando en ese momento entra Sectará, y Surabta sin dar tiempo a que otro tome la palabra, le dice:—Acaban de acusarte como traidor: defiéndete. Y el Gran Cacique agrega:—Es Arausi la que te ha acusado y estaba a punto de matarse para apoyar con el precio de su vida la traición que ha descubierto.

Entonces se ve cómo atraviesan por la cara de Sectará pensamientos encontrados de ira y de ansiedad, y por fin dice con voz enérgica.—Es muy cierto: disponed de mi vida; y se entrega prisionero.

Según lo imaginado por Arausi en su sabio plan, Tuxpan comienza a replegarse en busca de agua potable, mientras que Surabta va cubriendo con sus guerreros el único flanco de salida que le queda al invasor, reforzando a la vez las márgenes de ambos ríos, y cubriéndolos de espinos y otros obstáculos.

El error de Tuxpan ha consistido en no haberle dado la debida importancia al enemigo que combate, y hasta ese momento comprende, que fuerzas desconocidas tienen que haber colaborado con los guerreros

terbis para haber combinado tan sabias estrategias, y comprende, pero tarde, que ha sido encerrado en un callejón sin salida. Y sigue pensando, que cómo es posible que él, que se consideraba maestro en estrategia, haya podido ser en tal forma encerrado; y entonces con el ímpetu propio de su carácter lanza todas sus fuerzas sobre el flanco atrincherado; pero las gentes de Tuxpan han quedado convertidas en una compacta masa sin lugar de hacer evoluciones acosados como están desde las dos márgenes de los ríos y por el frente, y en esa masa los guerreros terbis no pierden una de sus flechas, y esto produce tal pánico en los contrarios que comienzan a flaquear, cuando en eso corre la noticia de que Tuxpan ha caído muerto, y entonces todos se entregan a discreción.

Es inmenso el delirio que embarga a los viceytas, y mientras que con músicas y gritos atruenan el espacio, Arausi discute en el Consejo el nuevo plan que ha presentado para recuperar todos los poblados del Tarire. Entonces Disidra, la hija del Gran Cacique, pide ser enviada como exploradora para conocer las fuerzas con que cuentan las tribus sometidas. Insiste en su empeño y dice, que ella aspira a ser amada de su raza por su propio mérito y no por ser hija del Cacique; y claramente se ve que ha sido contagiada por las épicas hazañas de Arausi. Ofrece que a la vez irá levantando la esperanza de las tribus güetares, para que puedan apoyar a los terbis en el momento del ataque, y al ser secundado su empeño por Arausi, el Gran Jefe da su venia. Poco des-

COSTA RICA



CASORREL DE ORO. PAG. 42.



SUAJERO PAG. 42



DISCO DE ORO. PAG. 32.



SILBATO DOBLE. PAGINA 41.



DIADMA VESTIDA DE INDIA
CARGADORA,
PAGINA 39.